

amigo mío, cuya protección pienso solicitar para vos. Y ahora venid y conducidme á ese sitio de que me hablabais hace poco, y donde habéis visto hermosos culantrillos.

Gilberto marchó delante de su nuevo amigo; el anciano le siguió, y ambos desaparecieron en el bosque.

## XXI

M. Jacobo

Contento Gilberto con aquella buena fortuna que en sus momentos desesperados le presentaba siempre un apoyo, marchaba delante volviéndose de vez en cuando hacia el desconocido, que acababa de hacerle tan dócil con tan pocas palabras.

Conduciale así hacia sus musgos, que eran en efecto magníficos culantrillos. En seguida, luego que el anciano hubo hecho su colección, se pusieron á buscar otras plantas.

Gilberto estaba mucho más adelantado en botánica de lo que él creía. Nacido en medio de los bosques, conocía como á amigas de su infancia las plantas que en ellos se criaban, sólo que las conocía bajo sus nombres vulgares. Á medida que las designaba así, su compañero se las indicaba bajo su nombre científico, que Gilberto al volver á encontrar una planta de la misma familia, procuraba repetir, si bien estropeaba dos ó tres veces los nombres griegos ó latinos. Entonces el desconocido descomponía la palabra, le manifestaba las relaciones del asunto con ella, y Gilberto aprendía de esta suerte no solamente el nombre de la planta, sino también la significación de la palabra griega ó latina, con que Plinio, Lineo ó Jussieu habían bautizado esta planta.

De vez en cuando decía :

— ¡Qué lástima, señor, que no pueda ganar mis seis sueldos en esta ocupación de botánica pasando todo el día con vos! Os juro que no descansaría un solo instante; y aun no necesitaría seis sueldos: un pedazo de pan como el que teniais esta mañana bastaría á mi apetito de todo el día. Acabo de beber agua en una fuente tan buena como en Taverney, y esta noche pasada he dormido tan bien al pie de un árbol como lo hubiera hecho bajo el techo de un hermoso castillo.

El desconocido se sonrió.

— Amigo mío, le dijo, vendrá el invierno: las plantas se secarán, se helará la fruta, el viento del Norte silbará en los árboles despojados en lugar de esta dulce brisa que agita tan muellemente las hojas. Entonces necesitaréis un abrigo, vestido, fuego, y aun con los seis sueldos diarios no podréis proporcionaros casa, lumbre y vestido.

Gilberto suspiró y continuó cogiendo nuevas plantas y haciendo nuevas preguntas.

De este modo recorrieron gran parte del día los bosques de Aulnay, de Plessis-Piquet y Glatinart-sous-Meudón.

Según su costumbre, Gilberto había ya trabado familiaridad con su compañero, quien por su parte preguntaba con admirable destreza; sin embargo, Gilberto, desconfiado, circunspecto y tímido, se descubría lo menos posible.

El extranjero compró en Chatillón pan y leche, de que sin dificultad hizo aceptar la mitad á su compañero; en seguida tomaron los dos el camino de París, para que Gilberto pudiese entrar en esta ciudad aun de día.

El corazón del joven palpitaba sólo con la idea de que iba á ver á París, y no pudo disimular su emoción cuando desde las alturas de Vanves distinguió á Santa

Genoveva, el cuartei de los Inválidos, Nuestra Señora y ese mar inmenso de casas cuyas olas, esparcidas, van como una marea, á azotar los flancos de Montmartre, de Belleville y de Menilmontant.

— ¡Oh París! París! exclamó.

— Sí, París, un montón de casas, una sima de mares, dijo el anciano. Sobre cada una de las piedras que hay allí bajo veríais brotar una lágrima ó enrojecerla una gota de sangre, si los dolores que encierran sus paredes pudiesen salir fuera.

Gilberto reprimió su entusiasmo, que pronto decayó por sí mismo.

Entraron por la barrera del Infierno. El arrabal estaba sucio y hediondo; los enfermos que llevaban al hospital pasaban en angarillas; muchachos medio desnudos jugaban en el fango, con los perros, las vacas y los cerdos.

Oscurecióse la frente de Gilberto.

— Todo esto os parece horroroso, ¿no es verdad? dijo el anciano. Pues bien, ahora mismo dejaréis de ver este espectáculo. Todavía son una riqueza un cerdo y una vaca, todavía es una alegría un niño. En cuanto al fango, lo hallaréis siempre y en todas partes.

Gilberto no estaba mal dispuesto á ver á París bajo un punto de vista sombrío, y aceptó el cuadro tal como su compañero se lo presentaba.

Por lo que hace á este último, prolijo al principio en su declamación, se había ido quedando silencioso y mudo poco á poco, y á medida que avanzaba hacia el centro de la ciudad, parecía tan meditabundo, que Gilberto no se atrevió á preguntarle qué jardín era aquel que se veía á través del enverjado, y qué puente aquel por debajo del cual pasaba el Sena. El jardín era el de Luxemburgo, y el puente el Puente Nuevo.

Sin embargo, como continuaba marchando y el des-

conocido llevaba al parecer la meditación hasta la inquietud, se aventuró á preguntar Gilberto :

— ¿ Falta mucho todavía para vuestra casa, señor ?

— Ya estamos cerca, dijo el desconocido, á quien esta pregunta dejó al parecer más triste.

Entraron por la calle del Horno y pasaron por delante del magnífico palacio de Soissons, que tenía vista y entrada principal á esta calle, pero cuyos hermosos jardines se extendían sobre las de Grenelle y de los Dos Escudos.

Al pasar por delante de una iglesia, que pareció muy bella á Gilberto, se paró un instante para contemplarla.

— He aquí un hermoso monumento, dijo.

— Es la iglesia de San Eustaquio, contestó el anciano.

En seguida, levantando la cabeza :

— ¡ Son las ocho ! exclamó. ¡ Oh ! Dios mío ! Dios mío ! venid pronto, joven, venid.

El desconocido alargó el paso y le siguió Gilberto.

— Á propósito, dijo el viejo después de algunos instantes de un silencio tan frío que comenzaba á alarmar á Gilberto : me había olvidado de deciros que soy casado.

— ¡ Ah ! exclamó Gilberto.

— Sí, y que mi mujer, como verdadera parisiense, reñirá sin duda porque llegamos tarde. Además, debo deciros, desconfía mucho de los forasteros.

— ¿ Queréis que me retire, señor ? dijo Gilberto, cuya expansión heló de repente aquella palabra.

— No, no por cierto, amigo mío ; os he invitado á que vengáis á mi casa, y debéis venir.

— Os sigo, dijo Gilberto.

— Allí, á la derecha, por aquí : ya estamos en la calle.

Gilberto alzó los ojos, y á la luz de los últimos rayos del día leyó en el ángulo de la plaza, encima de una tienda de un especiero estas palabras : « Calle Platriere. »

El anciano continuó acelerando el paso cuanto pudo, porque cuanto más se acercaba á su casa, más redoblaba aquella agitación febril que hemos indicado. Gilberto, que no quería perderle de vista, tropezaba á cada segundo, ora con los transeuntes, ora con los fardos de los cargadores, ora con las lanzas de los coches y con las varas de las carretas.

Su conductor parecía haberle olvidado completamente ; seguía marchando con paso acelerado, visiblemente absorto en una idea desagradable, atormentadora.

Paróse, en fin, delante de una puerta ; el anciano tiró de un cordón y aquella se abrió.

Volviéndose entonces hacia Gilberto, y viéndole indeciso en el umbral, le dijo :

— Venid pronto.

Y cerró en seguida la puerta.

Después de haber dado algunos pasos en la oscuridad, tropezó Gilberto con el primer peldaño de una escalera. El anciano, acostumbrado á ella, había ya subido doce escalones.

Gilberto llegó al fin hasta la meseta donde se había parado su guía, quien tirando de un cordón, resonó una aguda campanilla en lo interior de una habitación. Oyose entonces el pesado paso de una persona que andaba en chancas, y se abrió la puerta, presentándose en su umbral una mujer de 50 á 55 años.

Mezcláronse repentinamente dos voces ; una era la del desconocido, y la otra la de aquella mujer que acababa de abrir la puerta.

Una de estas dos voces decía tímidamente :

— ¡ Es demasiado tarde, querida Teresa

La otra gruñía :

— Á buena hora nos haces cenar, Jacobo.

— Ea, ea, vamos á reparar todo eso, respondió afectuosamente el desconocido cerrando la puerta y tomando de las manos de Gilberto la caja de hoja de lata.

— ¡ Bueno ! un demandadero, exclamó la vieja, era lo único que nos faltaba. Ya lo ves ; no puedes llevar solo todos tus engorros de hierbas. ¡ Un demandadero para el señor Jacobo ! ¡ qué menos, si ya es un gran señor !

— Vamos, vamos, respondió el anciano colocando con imperturbable paciencia sus plantas sobre la chimenea, vamos, un poco de calma, Teresa.

— Págale á lo menos, y despídele ; no necesitamos tener aquí espías.

Gilberto se inmutó poniéndose pálido como un difunto, y dió un salto hacia la puerta. Jacobo le detuvo.

— Este joven, dijo con cierta firmeza, no es un demandadero y mucho menos un espía. Es un huésped que traigo á casa.

La vieja dejó caer los brazos cuan largos eran, y exclamó :

— ¡ Un huésped ! no nos faltaba más que eso.

— Vamos, Teresa, replicó el desconocido con voz afectuosa, enciende una luz. Hace calor y tenemos sed.

La vieja hizo escuchar un murmullo, que aunque muy ronco y fuerte al principio, se fué debilitando poco á poco.

En seguida cogió un eslabón, que golpeando contra una caja llena de yesca, hizo brotar muchas chispas, las cuales encendieron al punto toda la caja.

Durante el diálogo, durante el murmullo y el silencio que le había seguido, Gilberto había permanecido

inmóvil, mudo y como clavado á dos pasos de aquella puerta que sentía ya haber pasado.

Jacobo conoció lo que el joven sufría, y le dijo :

— Os suplico, señor Gilberto, que entréis.

La vieja, á fin de ver al joven, á quien su marido hablaba con aquella política afectada, volvió hacia él su amarilla y tétrica figura. Gilberto la vió entonces ; su semblante arrugado, barroso y como infiltrado en ciertas partes de hiel, sus ojos más lúbricos que vivos, y la dulzura de sus facciones vulgares, que desmentía la voz y la acogida de la vieja, inspiraron desde luego á Gilberto una violenta antipatía.

La vieja por su parte no halló muy de su gusto el semblante pálido y fino, el silencio circunspecto y la gravedad del joven.

— Creo, señores, que tendréis mucho calor y por consiguiente mucha sed, dijo la vieja. En efecto, ¡ pasar todo el día á la sombra de los bosques es tan incómodo y fatiga tanto ! ¡ Y luego bajarse de vez en cuando para coger una hierba ! ¡ Oh ! debe de ser un trabajo muy pesado. Este caballero herboriza también sin duda : ese es el oficio de los que no tienen ninguno.

— Este joven, respondió Jacobo con voz cada vez más firme, es un hombre honrado y leal que me ha hecho el honor de acompañarme todo el día y á quien mi buena Teresa va á recibir como un amigo.

— Aquí no hay provisiones sino para dos personas, gruñó Teresa, y no para tres.

— Yo soy sobrio y él también, dijo Jacobo.

— Sí, sí, conozco esa sobriedad. Te declaro que no hay bastante pan en casa para alimentar esa doble sobriedad, no bajaré por cierto tres escalones para ir á buscarlo. Además á estas horas ya está cerrada la tahona.

— No te incomodes, dijo Jacobo frunciendo el ceño, yo bajaré. Ábreme la puerta, Teresa.

— Pero....

— Lo exijo.

— ¡ Está bien, está bien! dijo entonces la vieja gruñendo, pero cediendo, sin embargo, al tono absoluto á que su oposición había conducido gradualmente á Jacobo. ¡ No estoy yo aquí para hacer todos vuestros caprichos!

— Acaso tengamos bastante con el que hay. Venid á cenar.

— Sentaos á mi lado, dijo Jacobo á Gilberto conduciéndole á una mesita puesta en una pieza inmediata, y sobre la cual, al lado de dos cubiertos, había dos servilletas que, enrolladas y atadas la una con un cordón encarnado y la otra con un cordón blanco, indicaban el sitio de cada uno de los amos de casa.

Aquella pieza, pequeña y cuadrada, estaba cubierta de papel azul con dibujos blancos. Dos grandes mapas adornaban las paredes. El resto del ajuar se componía de seis sillas de cerezo con asientos de paja, y de un velador cubierto de medias repuntadas.

Gilberto se sentó: la vieja colocó delante de él un plato y le trajo un cubierto gastado por el servicio, y después añadió á estos utensilios un vaso de estaño cuidadosamente bruñido.

— ¿ No bajas? preguntó Jacobo á su mujer.

— Es inútil, contestó ésta en un tono que indicaba el rencor que guardaba á Jacobo por la victoria que había alcanzado; es inútil, he hallado medio pan en el armario. Esto nos hace como libra y media, y haremos por que baste.

Al decir estas palabras puso sobre la mesa la sopa. Jacobo fué servido el primero, después Gilberto, y la vieja comió en la fuente.

Los tres tenían mucho apetito. Gilberto, disgustado por la discusión de economía doméstica á que había dado lugar, ponía al suyo todos los frenos imaginables. Sin embargo, fué el primero que despachó su ración.

La vieja lanzó sobre su plato prematuramente vacío una mirada de cólera.

— ¿ Quién ha venido hoy? preguntó Jacobo, para cambiar las ideas de Teresa.

— ¡ Oh! exclamó ésta, toda la tierra, como de costumbre. Habías prometido á madama de Beuillers sus cuatro cuadernos, á madama Escars sus dos arias, un cuarteto con acompañamiento á madama de Penthièvre. Las unas han venido personalmente, y las otras han enviado sus criados. Pero como el señor estaba herborizando, y como no puede uno divertirse y trabajar al mismo tiempo, esas señoras han tenido que pasarse sin su música.

Jacobo no dijo una palabra, con gran admiración de Gilberto, que esperaba verle enfadado.

Á la sopa sucedió un trozo de vaca asada, servida en un plato de vidriado blanco todo rayado por la punta de los cuchillos.

Jacobo sirvió á Gilberto bastante modestamente, porque se hallaba bajo la vigilancia de Teresa; después tomó para sí un pedazo casi igual y pasó el plato á su mujer.

Ésta tomó el pan y cortó un pedazo que dió á Gilberto.

Este pedazo era tan pequeño, que Jacobo no pudo menos de ruborizarse; esperó que Teresa acabara de servírselo y servirse á sí misma, y quitándole el pan de las manos, dijo:

— Vos mismo cortaréis vuestro pan, mi joven amigo, y partirlo á medida de vuestro apetito; el pan no debe ser tasado sino á los que lo pierden.

Un momento después presentaron un plato de judías verdes sazonadas con manteca.

— Mirad qué verdes están, dijo Jacobo; son de nuestras conservas; así se comen excelentes.

Y pasó el plato á Gilberto.

— Gracias, señor: he comido bastante y no tengo más gana.

— Este caballero no es de tu parecer acerca de mis conservas, dijo ásperamente Teresa; sin duda prefiere las habichuelas frescas; pero esas son gollerías superiores á nuestra bolsa.

— No, señora, dijo Gilberto; me parecen excelentes y las comería con mucho gusto; pero yo jamás como más que de un plato.

— ¿Y bebéis agua? dijo Jacobo alargándole la botella.

— Siempre, señor.

Jacobo se echó un dedo de vino puro.

— Ahora, Teresa, dijo dejando la botella de vino sobre la mesa, te ocuparás de disponer una cama para este joven, pues debe estar muy cansado.

Teresa dejó escapar su tenedor y fijo sus dos ojos azorados en su marido.

— ¡Una cama! ¿estás loco? ¿puede nadie acostarse en esta casa? sin duda le acostarás en tu cama. Pero en verdad que debes haber perdido la chabeta. ¿Vas á poner colegio? en ese caso no cuentes conmigo; toma cocinera y una criada; bastante hago con ser criada tuya para que quieras que lo sea de los demás.

— Teresa, respondió Jacobo con su tono grave y firme, Teresa, te suplico que me escuches, querida amiga: sólo es por esta noche. Este joven jamás ha estado en París, y ha venido bajo mi protección. No quiero, pues, que duerma en la posada, no quiero,

aunque tuviese que cederle mi cama, como dices.

Después de esta segunda manifestación de su voluntad, el anciano esperó.

Entonces, Teresa, que le había mirado con atención, y que mientras hablaba parecía estudiar cada músculo de su rostro, comprendió que no había lucha posible en aquel momento, y cambió repentinamente de táctica.

Indudablemente hubiera sido vencida, obstinándose en combatir contra Gilberto, y por lo tanto resolvió combatir en su favor: verdad es que lo hizo como una aliada dispuesta á desertar en la primera ocasión.

— En fin, dijo, puesto que este joven te ha acompañado hasta aquí, es prueba que le conoces bien, y más vale que se quede en casa. Haré como pueda una cama en tu gabinete al lado de los legajos de papel.

— No, no, dijo Jacobo vivamente: un gabinete no es sitio á propósito para dormir, porque es muy fácil que se quemem esos papeles.

— ¡Qué lástima! murmuró Teresa.

En seguida añadió en voz alta:

— Entonces en la antesala delante del armario.

— Tampoco.

— Entonces veo que á pesar de nuestra buena voluntad, nos será imposible á los dos servir á este joven, á no ser que le demos tu alcoba ó la mía.

— Me parece, Teresa, que no discurre bien.

— ¿Yo?

— Sí, tú. ¿No tenemos una bohardilla?

— ¿El granero quieres decir?

— No, no es un granero, es un gabinete algo abohardillado, pero sano, con vista á jardines magníficos, lo cual es raro en París.

— ¡ Oh ! ¿ qué importa, señor ? dijo Gilberto ; aunque fuese un granero, os juro que me hallaría perfectamente.

— Nada menos que eso, dijo Teresa ; allí es donde tiendo mi ropa.

— Este joven no descompondrá nada, Teresa. ¿ No es verdad, amigo mío, que tendréis cuidado de que no suceda ningún accidente á la ropa de mi mujer ? Somos pobres, y cualquiera pérdida sería sensible para nosotros.

— ¡ Oh ! estad tranquilo, señor.

Jacobo se levantó y se aproximó á Teresa.

— No quiero, querida amiga, que este joven se pierda ; París es una población peligrosa, y nosotros le vigilaremos aquí.

— ¿ Conque es decir que te encargas de su educación ? ¿ supongo que tu discípulo pagará el pupillaje ?

— No, pero te respondo de que no te costará nada. Desde mañana se mantendrá á sí mismo. En cuanto al alojamiento, como la bohardilla nos es casi inútil, hagámosle esta caridad.

— ¡ Cómo se entienden todos los perezosos ! murmuró Teresa encogiéndose de hombros.

— Señor, dijo Gilberto más cansado que su mismo huésped de aquella lucha que sostenía palmo á palmo por una hospitalidad que le humillaba, jamás he incomodado á nadie, y no lo haré ciertamente para con vos que habéis sido tan bueno conmigo. Así que, permitidme que me retire. Hacia el lado del puente por donde hemos pasado he visto árboles bajo los cuales hay bancos. Os aseguro que dormiré muy bien acostado en uno de esos bancos.

— ¡ Sí, dijo Jacobo, para que la ronda os prenda como á un vagabundo !

— Como lo es, dijo en voz baja Teresa quitando la mesa.

— Venid, venid, joven, dijo Jacobo ; si mal no me acuerdo, allá arriba hay un jergón de paja, que siempre será mejor que un banco, y puesto que os contentabais con un banco.....

— ¡ Oh ! señor, jamás me he acostado sino en jergones, dijo Gilberto.

É insistiendo sobre esta verdad por medio de una pequeña mentira, continuó :

— La lana me sofoca demasiado.

Jacobo se sonrió.

— La paja es en efecto más fresca, dijo ; tomad uno de esos cabos de vela que están sobre la mesa, y seguidme.

Teresa lanzó un profundo suspiro ; estaba vencida.

Gilberto se levantó gravemente y siguió á su protector.

— Señor, dijo, ¿ está cara el agua en París ?

— No, amigo mío ; pero aunque estuviese cara, el agua y el pan son dos cosas que el hombre no tiene derecho á negar al hombre que las pide.

— ¡ Oh ! en Taverney el agua no costaba nada, y el lujo del pobre es la limpieza.

— Tomad, amigo mío, dijo Jacobo señalando con el dedo á Gilberto una gran jarra de loza ; ahí tenéis agua.

Y echó á andar delante de Gilberto, admirándose de hallar en un joven de aquella edad toda la firmeza del pueblo unida á todos los instintos de la aristocracia.